

Pedro Casaldáliga: las causas que dan sentido a su vida: retrato de una personalidad: homenaje de amigos. Forcano, Benjamín, et al. (coord.). Madrid: Nueva Utopía, 2008.

Pedro Casaldáliga: obispo al servicio del pueblo de Dios: homenaje en su jubilación episcopal. Madrid: Nueva Utopía, 2003.

TAMAYO-ACOSTA, Juan José. *Hacia la comunidad 5: por eso lo mataron: el horizonte ético de Jesús de Nazaret.* Madrid: Trotta, 2004.

— *Hacia la comunidad 6 : Dios y Jesús: el horizonte ético de Jesús de Nazaret.* Madrid: Trotta, 2006.

UNAMUNO, Miguel de. *Obras completas. VI. Poesía.* Madrid: Escelicer, 1967.

LA BÚSQUEDA DEL JESÚS HISTÓRICO

rafael aguirre

El título de este congreso, el trigésimo, es bien escueto: Jesús de Nazaret. Y es que no hace falta más. Tiene la máxima fuerza de evocación, nos lleva a lo más radical y original de la fe cristiana. Es un título que, como dice la Carta a los Hebreos, nos invita a volver los ojos a Jesús, el que inicia y consume la fe, que soportó la ignominia de la cruz y, por eso, participa de la gloria de Dios (Heb 12, 2). La Carta a los Hebreos se lo dice a una comunidad desalentada, que echa en falta la seguridad y el esplendor de cuando participaban en el Templo de Jerusalén.

Por otra parte, como bien se ha dicho, Jesús es patrimonio de la humanidad. Su personalidad, su mensaje, su impacto histórico, plantea cuestiones que a nadie deja indiferentes.

Se me propuso que mi ponencia se titulara “La búsqueda del Jesús histórico”. Como es bien sabido estos últimos 30 años han conocido una avalancha de estudios históricos sobre Jesús de Nazaret. Se han propuesto imágenes diferentes, ha habido polémicas encendidas, se han planteado cuestiones metodológicas delicadas. A una de estas cuestiones me voy a referir por su importancia, prescindiendo de academicismos y de citas bibliográficas.

A la esencia misma de la fe cristiana pertenece el buscar a Jesús de Nazaret, al Jesús terrestre. Muy pronto se confesaba al Mesías, se proclamaba al Hijo de Dios, pero iban desapareciendo los testigos de la primera hora, existía el peligro de que una fe muy entusiasta y carismática en el

Salvador celeste se olvidase de la verdadera humanidad de Jesús, que habría sido una mera apariencia detrás de la cual se ocultaba una existencia divina. Para recuperar la memoria de Jesús contra el olvido, para reivindicar la verdadera humanidad de Jesús surgieron los evangelios. Están escritos desde la fe, la perspectiva creyente lo impregna todo, pero los evangelios implicaron una verdadera recuperación —usando recuerdos y tradiciones— de la vida de Jesús, de sus palabras, de sus obras, de su experiencia, de sus conflictos. Y si tenemos cuatro evangelios es precisamente porque la historia no es nunca una fotografía exacta de la realidad pasada, sino una reconstrucción del pasado, siempre limitada por los datos que poseemos y por la perspectiva que se adopta en el presente.

La moderna búsqueda del Jesús histórico que nació en el siglo XVIII es muy diferente a la de los primeros cristianos y se realiza desde otro paradigma cultural.

Primero, porque analiza los textos con el espíritu crítico de la Ilustración. Segundo, porque no se realizó a impulsos de la fe que buscaba su radicación en la historia, sino como una tarea puramente histórica realizada al margen de la fe, con frecuencia cuestionándola radicalmente y, en todo caso, diferenciando netamente en los evangelios entre lo histórico y la interpretación creyente que se superponía. No es cuestión de explicar ahora la convulsión enorme que este planteamiento produjo en la iglesia.

Esta búsqueda del Jesús histórico, realizada desde el paradigma de la modernidad, es legítima y debe acometerse por una fe cristiana que quiera responder a la cultura del tiempo. Lo digo porque hoy se vuelve a cuestionar esta afirmación que parecía, hasta hace poco, adquirida en los ambientes teológicos. Las cristologías inmediatamente posteriores al Vaticano II comenzaban por un estudio histórico de Jesús. La involución conciliar se refleja también en los estudios cristológicos y en ciertos ambientes se descalifican los esfuerzos de la investigación histórica de estos últimos 30 años y se llega a negarle toda relevancia teológica.

Sin entrar a fondo en tan importante discusión, me limito a afirmar que el Jesús de la búsqueda histórica no es el fundamento de la fe como tal, pero sí es una ayuda inapreciable para penetrar en el Jesús que encontramos en los evangelios, para tomarnos en serio su vida, para descubrir aspectos con frecuencia desapercibidos, para contextualizar el impacto que Jesús tuvo en su tiempo y, por tanto, para comprender mejor su sig-

nificado actual. La historia no es el tribunal de la fe, pero si ésta quiere estar dispuesta a dar razón de su esperanza (1Pd 3,15) tiene que mostrar que sus desarrollos cristológicos no son una construcción en el aire, sino que encuentran una cierta base en la realidad histórica de Jesús de Nazaret.

Sin más y de forma necesariamente sucinta voy a presentar algunos rasgos claves de Jesús de Nazaret, que responden en buena medida a un consenso amplio entre investigadores actuales. Es evidente que tengo que realizar una selección y no puedo abarcar todos los problemas que plantea la búsqueda histórica de Jesús.

El contexto

Los estudios actuales han aportado mucho para un mejor conocimiento del judaísmo del tiempo. La arqueología de Palestina, las investigaciones histórica en general y sobre la situación social en particular han avanzado muchísimo, todo lo cual ayuda a contextualizar mejor a Jesús y su ministerio, y esto es clave para comprender más adecuadamente su persona y el significado de su proyecto.

Jesús fue un judío fiel que se dirigió al pueblo de Israel convocándole para la hora decisiva de la venida del Reino de Dios. Pero Jesús fue un judío galileo. Galilea, la región del norte, tenía unas características propias. Era ciertamente una región judía, pero su judaísmo no estaba tan vinculado al Templo, ni tan controlado por la autoridad sacerdotal de Jerusalén. Se conocen algunas grandes personalidades carismáticas galileas, que serían difícilmente explicables en Jerusalén.

Palestina formaba parte del Imperio Romano. Pero a diferencia de Judea, la región del sur, en Galilea los romanos no ejercían el poder directamente, sino a través de un rey vasallo, Herodes Antipas, perteneciente a una dinastía detestada por la inmensa mayoría de los judíos. La situación de la población campesina galilea era muy difícil, porque Herodes el Grande, el padre de Antipas y fundador de la dinastía, para sufragar sus grandes obras públicas (por ejemplo la construcción del Templo de Jerusalén) les había impuesto unas cargas fiscales que hacía inviable la economía de pequeña propiedad familiar. Muchos tenían que vender sus campos, convirtiéndose en jornaleros cuando no en esclavos, otros te-

nían que emigrar, siendo ésta una de las razones de la amplia diáspora judía existente en la cuenca del Mediterráneo; y la concentración de la propiedad en pocas manos era un fenómeno creciente, que se refleja en varios pasajes evangélicos.

El proceso de urbanización en auge en toda la cuenca del Mediterráneo penetraba en Galilea. La región estaba rodeada de ciudades paganas: Cesaréa al oeste, Tiro y Sidón al norte, las ciudades de la Decápolis al este, Samaria al sur. Pero las ciudades habían penetrado en el corazón mismo de Galilea: Séforis, a cinco kilómetros de Nazaret, y Tiberías, construida por Antipas y que a partir del año 28 fue erigida como capital de la región, y que se encuentra en la orilla misma del lago. Se daba una gran tensión, bien conocida en tiempos y lugares diferentes, entre el campo y la ciudad. La ciudad, como sucede tantas veces, atrae a las gentes campesinas con sus posibilidades de trabajo y sus novedades, pero, al tiempo, causa rechazo porque rompe las formas tradicionales de vida. En la ciudad viven los grandes propietarios, la élite social, las clases romanizadas. Constatemos ahora simplemente que en los evangelios Jesús nunca aparece visitando estas dos ciudades galileas, situadas bien cerca de los lugares que fueron escenario de su vida y ministerio.

Los inicios

Jesús procede de Nazaret, un pequeño pueblo de Galilea. Lo primero que sabemos con certeza histórica es que acude a la convocatoria de un profeta que predica la conversión y practica el bautismo en el río Jordán.

Es inverosímil que Jesús permaneciese en Nazaret, en el domicilio familiar, hasta los treinta años. Cuando ya adulto empiezan las noticias sobre él se ve que tiene una cultura religiosa, es capaz de discutir, sabe leer, conoce la halaká. Todo induce a pensar que Jesús ha pasado por un proceso de búsqueda religiosa (similar al que tuvo su contemporáneo Flavio Josefo y el también palestino, aunque de un tiempo un poco posterior, Justino), que le llevó al final a Juan el Bautista.

Es indudable que Jesús fue bautizado por Juan, para el cual se trataba de un rito de separación del verdadero pueblo de Dios. El bautismo pudo ser para Jesús ocasión de una experiencia religiosa profunda, de toma de conciencia de su vocación, de su unión con Dios y de la fuerza de su Espíritu.

La relación de Jesús con Juan el Bautista fue muy importante y es una cuestión muy discutida. Después volveremos brevemente sobre ella.

Proclamación del Reino de Dios

a) El Reino de Dios en la línea de los profetas

Es claro que pronto Jesús se separó de Juan el Bautista y empezó un ministerio autónomo y con características propias.

Jesús —como toda la Biblia— no habla de Dios en sí mismo, sino de Dios en su relación salvífica con la humanidad e, incluso, con toda la creación. Y es indudable que usaba la expresión Reino o Reinado de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está llegando. Convertíos y aceptad esta buena noticia (evangelio)” (Mc 1.14-15). La iglesia posterior la usó muy poco y, por tanto, no puede ser que ella la retroproyecte y la ponga en sus labios.

¿Qué implica el anuncio del Reino de Dios? ¿Por qué usa precisamente esta expresión?

No debemos buscar ni en estas ni en otras cuestiones definiciones claras y precisas en boca de Jesús; no hace teorías generales ni sistemas cerrados. Jesús es un poeta que usa aforismos breves, parábolas populares, gestos chocantes, para sugerir, evocar, hacer presente el misterio de Dios. Jesús es un poeta porque hay profundidades humanas —la experiencia religiosa, desde luego— que sólo con el lenguaje poético pueden expresarse. No es ninguna casualidad que los grandes místicos hayan sido grandes poetas. Esto tendría que tenerlo muy en cuenta una teología demasiado racionalista y una institución muy celosa por el control de un sistema lógico sin fisuras.

El símbolo lingüístico “Reino de Dios” se usa en el Antiguo Testamento, sobre todo, en los dos momentos de máxima opresión del pueblo de Israel. El momento del dominio babilónico, con el exilio del pueblo, y el momento de la opresión seléucida, cuando el poder político y cultural del helenismo parece a punto de acabar con el judaísmo. Es entonces cuando surgen dos profetas, el Deutero-Isaías y Daniel, que animan al pueblo a resistir al imperialismo que les abruma y a esperar la liberación. Son ellos los que hablan del Reino de Dios para contraponerlo al reinado del imperialismo de turno.

Es famoso el oráculo que el Dt-Is dirige a los desterrados en Babilonia (Is 52,7):

*¡Qué hermosos son sobre los montes
Los pies del mensajero
Que anuncian la paz,
Que trae buenas noticias,
Que anuncia salvación,
Que dice a Sión:
“ya reina tu Dios”!*

Daniel habla en imágenes, utiliza un lenguaje apocalíptico y cifrado. Son importantes para nuestro tema los capítulos 2 y 7. En ambos se narra una visión, que viene interpretada a continuación.

En el capítulo 7 se describe el surgimiento sucesivo del agua de cuatro bestias feroces, que representan a los imperios que, uno tras otro, han ido oprimiendo a Israel. Pero todos acaban siendo aniquilados. En contraposición a las bestias aparece una figura humana —un hijo del hombre— que no surge del océano, sino que va sobre las nubes del cielo y asciende hasta llegar al trono donde está el Anciano de muchos días —Dios—, de quien recibe el reino, el poder y la gloria. Esta figura humana representa a los justos, que prevalecerán pese a la violencia de las bestias, y a los que Dios otorgará su Reino.

El capítulo 2 presenta un monstruo terrible con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los lomos de bronce, las piernas de hierro. De repente, “sin intervención de mano alguna”, se desprendió una pequeña piedrecita que fue rodando, que chocó con el monstruo terrible, el cual quedó pulverizado. Después, dice el texto, “la piedra que había golpeado la estatua se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra” (2,35). El monstruo de diferentes metales representa a los reyes y reinos que han oprimido al pueblo de Dios. Pero, al final, todos los imperios serán destruidos y, contra todas las apariencias, se afirmará un Reino que subsistirá para siempre, el Reino de Dios, el Reino de los justos.

El Reino de Dios se afirma contra los imperialismos dominantes. Los profetas exhortan con esta expresión a resistir, a no claudicar, a esperar en la acción liberadora y justiciera de Dios.

b) Presente y futuro del Reino de Dios

Jesús empalma con esta tradición profética que había proclamado el Reino de Dios. Es indudable que el Reino de Dios tiene una dimensión crítica frente al imperio romano, frente a la pax romana y las fuerzas que la sustentan. El Reino de Dios es una enérgica reivindicación de Dios como Señor de la historia, una invitación a poner en Él la esperanza, a confiar en una liberación; es una denuncia de los mecanismos violentos que sustentan la dominación.

Lo más propio de Jesús es su insólita afirmación de que el Reino de Dios ya está llegando, ya está irrumpiendo. “Si yo expulso a los demonios es que está llegando el Reino de Dios”. Cuando le preguntan cuándo vendrá el Reino de Dios responde: “La venida del Reino de Dios no se produce aparatosamente; no se dirá vedlo aquí o allí; porque, mirad, el Reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 17,20-21).

Para Jesús, el Reino de Dios no se afirma por la violencia, mediante la derrota militar de los ejércitos romanos, como esperaban importantes sectores judíos. Jesús desecha absolutamente este camino. Tampoco espera una intervención angélica repentina ni considera que el Reino de Dios conlleve una catástrofe cósmica. Con su lenguaje poético y parabólico, Jesús compara el Reino de Dios con un pequeño grano enterrado en la tierra, el paseante no descubre nada a simple vista, pero, sin embargo, en el seno de la tierra ese grano está ya desarrollando su fuerza dinámica, que se traducirá en un arbusto que podrá acoger los nidos de las aves del cielo. También lo compara con un poco de levadura que se introduce en la masa y que hará que toda ella se esponje y crezca.

Jesús no es un mero sabio contracultural, como le presenta cierta investigación norteamericana de nuestros días (algunos de los autores de la llamada “tercera búsqueda”, como Crossan o Mack), que eliminan todo aspecto escatológico y futurista en su predicación (Theissen dice que lo desjudaízan y lo convierten en un hippy californiano), pero tampoco es un apocalíptico iluminado, que vive con la fiebre de una catástrofe cósmica cercana que supondría el fin del mundo (esta opinión estuvo muy en boga en la exégesis alemana, la sostuvo Schweitzer y la mantienen algunos estudiosos españoles de nuestros días, pero tiene muy pocos seguidores en la investigación crítica actual en todas sus tendencias).

La comparación con la apocalíptica es muy instructiva. La apocalíptica habla del “mundo nuevo” de Dios que se afirmará tras la destrucción de este “mundo viejo” que está totalmente corrompido. Jesús, por el contrario, habla de la *interpenetración histórica de la salvación*. El Reino de Dios ya está presente, al menos de forma incoada, hay signos del Reino de Dios, que no son su plenitud, pero sí expresión real de su presencia. Jesús no considera que el mundo esté totalmente corrompido, presidido por los fuegos del mal. En el mundo hay trigo y hay cizaña. Dios y su acción, su Reinado, está actuando también en el mundo. Jesús descubre la acción y la bondad de Dios presente ya en la naturaleza y en la historia.

Jesús nos invita a descubrir el Reino de Dios, a aceptarlo, a acogerlo, a agradecerlo, a celebrarlo, a impulsarlo y a hacerlo fructificar.

El Reino de Dios está presente, pero ciertamente su plenitud es futura. Y Jesús urge a esperar su venida, a estar preparados cuando venga —porque no sabemos ni el tiempo ni la hora—, enseña a desearla e implorarla (“venga a nosotros tu Reino”). Precisamente porque cree que el Reino de Dios ya está entrando o irrumpiendo, anhela y tiene la convicción profunda de su plenitud futura.

En mi opinión, cuando Jesús habla del Reino de Dios futuro habla de una acción escatológica de Dios, el Reino de Dios es don, pero no piensa en una catástrofe cósmica ni en el fin del mundo, sino en una honda transformación histórica. Por remitirme a la imagen del libro del Apocalipsis, la Jerusalén celeste, don de Dios, se afianza e instala sobre la tierra (los profetas usan con mucha frecuencia imágenes de catástrofes cósmicas para expresar acontecimientos en la historia de Israel).

c) *Las obras del Reino de Dios*

Jesús no sólo habla, también actúa. Proclama el Reino de Dios y enseña sus exigencias, y hace obras que sugieren su naturaleza y su presencia. Me voy a fijar, con muy obligada brevedad, en dos aspectos:

Es claro que Jesús fue un taumaturgo popular. Los relatos de los milagros han sido transmitidos en medios populares y han conocido un desarrollo que engrandece lo maravilloso. En aquella sociedad la búsqueda de la salud era, probablemente, la necesidad más sentida. El recurso a médicos era extraordinario y al alcance sólo de una pequeña élite. A Jesús

acuden enfermos continuamente y posee todos los rasgos de lo que los antropólogos llaman sanadores populares. Lo propio de Jesús es que sitúa esta actividad en un contexto religioso, requiere la confianza en Dios, la ve como signo de un Reino que aporta misericordia, vida y libertad.

La expulsión de los espíritus inmundos suscita en la actualidad perplejidades muy serias y, sin embargo, es un dato, por una parte, incuestionable en la vida de Jesús y, por otra, un dato especialmente iluminado por estudios antropológicos actuales. Digo que son un dato innegable: se encuentran los exorcismos en las fuentes más antiguas (Mc y Q) y en géneros literarios diversos (relatos, palabras de Jesús y controversias), pero después dejan de mencionarse y no aparecen en el evangelio más tardío, el de Juan, ni en textos redaccionales de los evangelistas.

¿Cómo hay que entenderlos? En toda sociedad hay personas que son estigmatizadas, excluidas, no cuentan y llevan una vida marginada, más o menos tolerada. Suelen ser personas que se encuentran en situaciones sociales de especial debilidad y el estigma se expresa de diferentes maneras: puede ser una etiqueta étnica (en la Europa actual está al orden del día), social, psíquica, moral (afecta especialmente a las mujeres: “esa es una tal”). Esta exclusión de diversos tipos es una autodefensa de la sociedad, y, a la vez, una válvula de escape de sus contradicciones sociales.

Pues bien, en sociedades de fuerte impregnación religiosa, en las que se admite la creencia en espíritus, es recurriendo a ellos como se expresan los fenómenos de estigmatización, que revisten así una especial gravedad (“está endemoniado”, “poseído por un espíritu impuro”). Hay estudios antropológicos sobre las posesiones de suma utilidad para entender los textos evangélicos (por ejemplo el pequeño, pero magnífico libro de Esther Miquel, *Jesús y los espíritus. Aproximación antropológica a la práctica exorcista de Jesús*, Sígueme, Salamanca 2009). Se constata que el fenómeno es más frecuente en sociedades en crisis, por ejemplo en países colonizados con graves desajustes sociales y culturales; hay grupos especialmente vulnerables, por ejemplo las mujeres en sociedades fuertemente patriarcales. En el evangelio encontramos el endemoniado de Gerasa poseído por una “legión”, lo que parece relacionar la posesión con las legiones romanas instaladas en la Decápolis; encontramos a María Magdalena, de la que Jesús había expulsado siete demonios, la niña sirofenicia, endemoniada, cuya madre recurre dramáticamente a Jesús.

Jesús con su inaudita autoridad, con su acogida llena de respeto y con su oferta alternativa de vida, libera de los espíritus inmundos. Y, cosa notable, esto se ve como un desafío al orden social establecido. A los gerasenos les entra miedo y le piden que se vaya. Varias veces le acusan de que si expulsa a los demonios es porque él mismo está endemoniado (“actúa con el poder de Belcebú”). Jesús recupera a los endemoniados, libera a los estigmatizados, no reintegrándoles en el viejo orden social, sino en nombre del Reino de Dios, ofreciendo unos valores alternativos, un nuevo tipo de sociedad. Pero recuperar a los endemoniados, a los estigmatizados, implica privar al sistema de una cómoda válvula de escape de sus contradicciones. Los exorcismos de Jesús desestabilizan el orden injusto y proponen una sociedad alternativa. La acusación de que actúa con el poder de Belcebú es muy fuerte en la tradición, dura mucho (se encuentra en el Talmud en el siglo V), es una descalificación ideológica e induce una dinámica que lleva a quitar de en medio a este desestabilizador peligroso.

d) El Reino de Dios e Israel

Cuando Jesús anuncia el Reino de Dios no se dirige meramente a cada persona individual, ni tampoco su destinatario inmediato es toda la humanidad. Jesús se dirige al pueblo de Israel. El Reino de Dios dice relación necesaria en la Biblia a un pueblo concreto, que lo acepte y visibilice sus valores.

Pero Jesús se dirige a todo Israel, sin discriminaciones. En esto se diferencia de otros movimientos de renovación contemporáneos que habían surgido en Israel y que se dirigían a una élite selecta porque el conjunto del pueblo era ignorante o estaba corrompido. Así los fariseos (“los separados”) y, más radicalmente aún, los esenios de Qumrán, que se habían retirado al desierto para esperar allí al Mesías, porque tenían por corrompido a todo el pueblo empezando por los sacerdotes del Templo. También Juan Bautista promovía un movimiento de renovación, pero él permanecía en un lugar aislado del desierto al que había que acudir y su bautismo era un rito de iniciación, que separaba del pueblo corrompido e incorporaba a un grupo de iniciados.

La estrategia de Jesús es totalmente distinta. Va a buscar a la gente. Se dirige a todos, sin discriminación. No bautiza, no establece barreras/dis-

tinciones rituales. Más aún, se dirige de una forma preferente a personas que por su función social, por su oficio o por su comportamiento estaban mal vistas, eran “impuros”, es decir cargaban con un estigma moral que las marginaba socialmente.

En los evangelios se plantea la cuestión continuamente. “¿Cómo es que vuestro maestro come con pecadores y publicanos?”. “Le criticaban porque acogía a pecadores y comía con ellos”. “Si este hombre fuese profeta sabría qué clase de mujer es la que le está tocando”. “Ha ido a hospedarse en casa de un pecador”. Parece claro que nos encontramos con algo propio, histórico, de la vida de Jesús.

Todos sabemos que hay amistades peligrosas, porque aceptar su amistad y cercanía, el que nos vean con ellos, afecta negativamente a nuestra reputación. Por ejemplo, si un teólogo acepta participar en un Congreso organizado por la Asociación Juan XXIII para muchos obispos es ya suficiente para descalificarle como teólogo y para no considerarle fiel a la Iglesia. Al tratar con gente impura, Jesús se hacía socialmente impuro.

Merece la pena que hagamos una pequeña reflexión sobre las normas de pureza, de vital importancia en Israel, y lo que en ellas está en juego. ¿Qué pretenden estas normas de pureza? ¿Cuál es su sentido antropológico? Mantener la identidad étnica del pueblo judío. Las normas de pureza son barreras que delimitan al pueblo y lo separan de los de afuera, a la vez que controlan el cuerpo de los miembros del propio grupo.

Como ya he dicho, con toda probabilidad Jesús no hizo afirmaciones teóricas y generales, pero es claro que consideró las normas de pureza con mucha flexibilidad y, en ocasiones, las transgredió. La razón última es que anunciaba y expresaba no el Dios de la pureza, sino el Dios de la misericordia: un Dios a quien se accede no mediante ritos de purificación, de separación de lo profano, sino mediante el acercamiento solidario y eficaz con el prójimo necesitado.

Ante el escándalo de los jefes del pueblo, Jesús explica su comportamiento escandaloso sobre todo con varias parábolas bellísimas. Fijémonos en un gesto típico de Jesús, que levantaba ampollas, pero que nos conduce al corazón de su proyecto y de su experiencia. Me refiero a las comidas con pecadores y publicanos con el escándalo que ocasionaban. Comer con alguien es una expresión de especial cercanía y familiaridad: Jesús come con todo tipo de gente, pero no rehúsa la mesa de Leví

ni la de Zaqueo. A Jesús no le importa cuestionar la pureza del pueblo, su identidad étnica; lo que le importa y urge es anunciar la misericordia infinita del Dios del Reino, que se acerca, que está ya irrumpiendo con una invitación de vida también, especialmente diría, para los peor considerados socialmente.

Reacciones y el conflicto

Hay aspectos del Jesús históricos, algunos de indudable importancia, que no puedo abordar por falta de tiempo. Se impone hacer una selección. Una cuestión es ineludible: ¿Qué reacciones suscitó Jesús? Nos encontramos en los textos desde la apoteosis del Domingo de Ramos hasta la catástrofe de la cruz pocos días después. No solía, al parecer, dejar a nadie indiferente. Descubrimos reacciones muy dispares.

—En amplios sectores del pueblo encontró un eco muy amplio y positivo. “Estaban admirados y se preguntaban: ¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva expuesta con autoridad! Manda a los espíritus y le obedecen”. Le buscan de todas partes; “una gran muchedumbre de Galilea; también de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de los alrededores de Tiro y Sidón, al oír lo que hacía acudía a él” (Mc 3, 7-8).

El ministerio de Jesús se desarrolló fundamentalmente en Galilea. Parece que Cafarnaún, un pueblo en la orilla del lago, fue su centro de operaciones y desde allí recorría los entornos vecinos. En alguna ocasión da la impresión que hizo incursiones algo más lejanas. En cualquier caso su ministerio se desarrolló en un ámbito geográfico bastante reducido y entre los sectores campesinos, que, como ya he señalado, se encontraban en una situación límite, ya que su forma de vida se volvía insostenible, la pobreza se extendía con sus secuelas de hambre, enfermedades, emigración y tentaciones de recurrir a la violencia.

El anuncio del Reino de Dios de Jesús respondía a las necesidades de esta gente; era una Buena Nueva para ellos el mensaje de resistencia a los poderes opresores y de esperanza en una sociedad alternativa que Dios prometía y que estaba irrumpiendo ya en el mismo ministerio de Jesús.

Jesús fue a Jerusalén, no sabemos cuántas veces, pero tenía que anunciar el Reino de Dios en la ciudad llamada a ser el centro de los acontecimientos escatológicos. Y también en esta ciudad encuentra un eco popu-

lar positivo, tanto entre los jerosolimitanos como entre los peregrinos galileos, y ésta es la razón por la que las autoridades no se atreven a detenerle. “Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderle con engaño y matarle. Pues decían: durante la fiesta no, no sea que haya alboroto en el pueblo” (Mc 14, 1; también 12, 12).

En resumen, Jesús fue un líder carismático que promovió un movimiento profético de cierta importancia —similar a otros que hubo en el judaísmo del tiempo—, que respondía a anhelos y suscitaba esperanzas en los sectores desposeídos y entre gente estigmatizada del pueblo judío con su proclamación del Reino de Dios y la perspectiva de un cambio radical y cercano. He dicho “movimiento profético”, no mesiánico, según el modo habitual de entender el mesianismo entre los judíos de aquel tiempo. Y se trata, ciertamente, de un movimiento que desecha la violencia, que exige la confianza plena en Dios y una profunda renovación de los corazones. (En aquel tiempo hubo movimientos mesiánicos, que aspiraban a la toma del poder por las armas, y movimientos proféticos, de una naturaleza muy diferente, aunque a los ojos de los romanos tanto unos como otros resultaban peligrosos y los sofocaban violentamente. El de Jesús es claramente un movimiento profético. El análogo más cercano fue el movimiento suscitado por Juan Bautista, que también fue eliminado por la fuerza.)

—Un grupo de varones y mujeres dieron una respuesta más comprometida a Jesús: se hicieron discípulos suyos. Implica el reconocimiento de Jesús como maestro. Pero era un maestro muy especial, con una autoridad insólita, de modo que se establece vinculación personal especialmente estrecha e incondicional. A esta vinculación se le puede llamar una fe pre-pascual. Estos discípulos aprendían y conservaban las enseñanzas del maestro. Le acompañaban, además, cuando recorría los pueblos y aldeas. Incluso parece que, en algún caso, Jesús les envió a proclamar el Reino de Dios; es decir, los discípulos recibieron el encargo de continuar la misión del maestro.

El seguimiento de Jesús supuso renunciadas y ocasionó dificultades a los discípulos, siendo lo más grave el conflicto que frecuentemente introducía con su propia familia. De esto Jesús habla varias veces. Y es que seguir a Jesús, a aquel líder contracultural y extravagante, atentaba contra los valores establecidos, atentaba contra el honor que era el máximo valor familiar.

Además de los discípulos itinerantes, que le acompañaban en sus viajes, también existían los simpatizantes sedentarios, así se les suele denominar, que no dejaban sus casas y labores cotidianas, pero que simpatizaban con Jesús y su mensaje y acogían a su grupo en sus casas.

—De entre los discípulos Jesús formó un grupo de Doce, especialmente cercano y cuyos nombres conocemos. Fue un gesto simbólico, como los que, en momentos especiales, hacían los profetas. Es claro que el número de Doce hace relación a las tribus de Israel. En el judaísmo se esperaba para el tiempo mesiánico el restablecimiento de las doce tribus. Con la constitución del grupo de los Doce Jesús expresaba su voluntad de reagrupar a Israel en el momento decisivo. Por eso cuando se ve que este proyecto no se cumple y el movimiento de Jesús se abre a los gentiles, el grupo de Doce deja de tener sentido y desaparece.

—Pero Jesús encontró también adversarios, oposición, provocó un conflicto durísimo, que acabó llevándolo a la cruz. Se ha dicho, con razón, que una reconstrucción de la vida de Jesús para ser verosímil tiene que ser capaz de explicar por qué Jesús en tan poco tiempo provocó un conflicto tan grave que le llevó a una muerte tan escandalosa e infamante como la cruz.

El anuncio del Reino de Dios resultaba una Buena Nueva para los pobres, para los campesinos expoliados y, en general, para el pueblo llano de Galilea. Pero había quienes lo sentían como una noticia mala y peligrosa, que atentaba contra sus intereses inmediatos: me refiero a la élite galilea, a los “herodianos”, a la clase burocrática. Residían en las ciudades, terreno hostil para Jesús, que, al parecer, no las visita.

—Pero la oposición más importante contra Jesús fue la de la aristocracia de Jerusalén, sobre todo la de las grandes familias sacerdotales.

La máxima autoridad judía, fiel aliada de los romanos, tenía que ver con enorme prevención a un profeta galileo, desestabilizador del orden establecido, en torno al cual, además, había surgido un auténtico movimiento popular. Pero hay que introducir un elemento fundamental: la actitud de Jesús ante el Templo le tenía que hacer especialmente peligroso a los ojos de la autoridad sacerdotal que, en aquellos momentos, detenían el poder fáctico en el pueblo judío (por supuesto, siempre como colaboradores fieles del imperialismo romano).

Jesús aceptaba el Templo y el culto, pero lo relativizaba, criticaba el tinglado cultural y sacerdotal de su tiempo y probablemente anunciaba su

abolición o sustitución en el Reino de Dios. Los datos son muy numerosos, casi todos en la última semana de Jesús en Jerusalén según los Sinópticos. Hay un hecho clave, la expulsión de los vendedores del Templo, cuyo sentido originario es difícil de aclarar, pero que tuvo una repercusión decisiva. Era una crítica de los abusos del culto, pero también algo más. Probablemente era un signo profético que anunciaba la llegada del tiempo escatológico y que, por tanto, aquel Templo, orgullo del pueblo judío, tenía sus días contados. Es un atrevimiento insolente y las autoridades le piden cuentas: “¿con qué poder haces estas cosas?”; posteriormente se convierte en una acusación ante el Sanedrín: “éste ha dicho que puede destruir el Templo”; después es un motivo de burla cuando está crucificado: “Tú que decías que podías destruir el Templo...”.

Para comprender la gravedad de la actitud de Jesús ante el Templo hay que tener en cuenta la función social de éste en la sociedad judía del siglo I. Lo señalo brevemente. Desde el punto de vista económico el Templo atraía fuertes sumas de dinero: todos los judíos adultos tenían que pagar un impuesto anual y las peregrinaciones con motivo de las fiestas religiosas suponían importantes desembolsos de dinero. Por otra parte, como otros templos de diversos cultos, el Templo de Jerusalén, de algún modo hacía las veces de banca central y los títulos de propiedad se depositaban en él. Es muy significativo que durante la revuelta contra los romanos del año 66, que tuvo también un fuerte componente de protesta social, una de las primeras cosas que hicieron los sublevados fuese quemar los archivos con los mencionados títulos de propiedad. Del Templo vivía prácticamente todo Jerusalén, pero quienes lo controlaban y se enriquecían eran los miembros de la aristocracia sacerdotal. Desde el punto de vista político, el Templo tenía un alto valor simbólico porque en él se guardaba el ropaje solemne del sumo sacerdote, que era el signo del poder que los romanos permitían a los judíos. Desde el punto de vista religioso es obvia la importancia del Templo, garantía de la presencia de Dios con su pueblo y de la elección divina de Israel.

Se comprende que cuestionar el Templo y el sistema cultural no era una simple discusión teológica, sino que significaba atentar contra la columna vertebral del sistema social judío del siglo I. Los sumos sacerdotes, la aristocracia y las grandes familias sacerdotales de Jerusalén

fueron los grandes enemigos de Jesús, porque su predicación y su actitud, especialmente con el Templo de Jerusalén, ponía en cuestión sus intereses más inmediatos.

—¿Cuál fue la actitud de los romanos?

Hay un dato incuestionable: los romanos fueron los responsables últimos y decisivos de la muerte de Jesús. Jesús tiene un juicio romano y una sentencia a muerte romana. Así lo indica la cruz, patíbulo romano, y la inscripción que se puso sobre ella.

Lo que sucede es que los evangelios, por razones apologéticas muy comprensibles, tienden a amortiguar el conflicto con los romanos. Así describen a Pilatos, el prefecto romano, como voluble y sometido a presiones de las autoridades judías ante las que cede. Pero esto se aleja mucho de lo que sabemos de Pilatos por otras fuentes.

Con toda probabilidad los romanos tuvieron que ver en Jesús un predicador peligroso desde su punto de vista, una amenaza para la “pax romana”. La misma proclamación del Reino de Dios, como hemos visto, si la situamos contextualizadamente, implicaba una denuncia del Imperio Romano y del emperador que se divinizaba.

Contra Jesús reaccionaron las autoridades sacerdotales judías y las romanas porque ambos se vieron radicalmente cuestionados. Téngase en cuenta que la colaboración entre ambos era la norma; los sumos sacerdotes judíos estaban controlados y eran nombrados por la autoridad romana, a la que eran sumisos.

Un detalle que quiero subrayar: no se puede explicar la eliminación tan rápida y violenta de Jesús sin tener en cuenta las esperanzas que suscitaba en el pueblo, el eco popular que encontró, el movimiento que se generó en torno a su persona.

Un profeta, por exaltada y subversiva que sea su predicación, si no encuentra una cierta respuesta social es inofensivo y no suele preocupar especialmente a las autoridades. El caso de Jesús fue totalmente distinto. Hay unas palabras del sumo sacerdote Caifás probablemente con una buena base histórica, que son muy reveladoras: “¿Qué hacemos? Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación”. “Desde ese día decidieron darle muerte” (Jn 11,47-53).

Jesús murió por el Reino de Dios ciertamente. Pero convendría añadir, para ser correctos históricamente, que le mataron por las esperanzas que

el Reino de Dios suscitaba y por las críticas del orden establecido que introducía.

La experiencia religiosa de Jesús

a) Jesús, judío fiel

He insinuado que hay una diferencia entre por qué mataron a Jesús (por qué le crucificaron) y por qué murió Jesús (cómo afrontó él la muerte). Esto nos lleva a hablar de la experiencia religiosa de Jesús, tema que no quiero omitir, porque lo considero clave para comprender su actividad, su proyecto y su personalidad. Sin embargo es una cuestión que en la abundantísima producción actual sobre el Jesús histórico apenas se toca, aunque hay alguna rara excepción.

Es un tema con frecuencia pésimamente abordado por una cierta teología que lo hacía con elucubraciones metafísicas y apriorísticas sobre la conciencia de Jesús.

A la experiencia religiosa de Jesús tenemos que acercarnos con sobriedad y respeto, conscientes de que la ultimidad de toda persona es inefable a un observador externo, sabiendo que el acceso es indirecto, a través de sus palabras, de sus gestos.

Jesús fue un judío fiel que recibió la fe de Israel en su hogar familiar, como era costumbre, que aprendió a rezar la Shema Israel, que todos los judíos recitan tres veces al día, frecuentaba la sinagoga y es muy verosímil que peregrinase con sus padres al Templo de Jerusalén.

Cuando un escriba le pregunta ¿Cuál es el mandamiento principal de la ley?, responde con la Shema Israel (Escucha Israel: un texto del capítulo 6 del Dt). “El Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. Pero Jesús añade algo que no estaba en la Shema y que toma también de la Biblia, del capítulo 19 del Levítico, y dice: “el segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que este” (Mc 12,28-31). Nos encontramos ya con un rasgo propio y característico de Jesús: el amor de Dios es inseparable del amor al prójimo; la experiencia de Dios conlleva una nueva experiencia del ser humano.

b) Experiencia de Dios e indignación y misericordia ante el dolor humano

En la vida de las grandes figuras religiosas se suele hablar de su “iluminación”, una experiencia decisiva en las religiones orientales producida normalmente por introspección en el propio yo hasta topar con la dimensión divina. Y esto ilumina toda la realidad y la hace ver de una forma diferente y más profunda.

En los evangelios parece que en la forma de reaccionar ante el ser humano concreto se manifiesta la experiencia de Dios de Jesús, o dicho más audazmente, en contacto con los seres humanos Jesús se hace consciente, normalmente por contraste y con dolor, de la voluntad de Dios. La experiencia de Dios es inseparable de una valoración muy especial del ser humano concreto. “No ha sido hecho el ser humano para el sábado, sino el sábado para el ser humano”.

El principio de la filosofía suele decirse que está en la admiración ante lo que para la gente es normal. La admiración es una toma de contacto con la realidad que desencadena un torrente de preguntas.

En Jesús hay una toma de contacto con la realidad que se traduce en indignación ante muchas cosas que la gente acepta cómodamente; se indigna porque Dios, que es la experiencia estructurante de su personalidad, le hace ver el reverso de la historia, sus sufrimientos, injusticia e hipocresía. En nombre de Dios otro mundo es posible. Los textos a citar son innumerables. Se indigna ante quienes se preocupan del diezmo de la menta, del anís y del comino, y se olvidan de la justicia, de la misericordia y de la fe. Se indigna ante quienes se erigen en jueces implacables de una mujer y no miran sus propias responsabilidades. Se indigna ante los que cuelan el mosquito y se tragan el camello.

Hay otra forma de contacto con la realidad, reverso inseparable de la anteriormente citada, que aparece constantemente en Jesús y que nos lleva al corazón de su experiencia de Dios: la misericordia, la compasión. Ve al leproso, impuro, tiene compasión y le toca. El ciego de Jericó le implora y Jesús, sin atender a quienes le quieren callar, tiene misericordia y le abre los ojos. Tiene misericordia de la muchedumbre porque está vejada y abatida como ovejas sin pastor. Siente misericordia de la gente que llevan tres días con él y no tienen pan y les da de comer. También aquí los textos podrían multiplicarse.

La misericordia no es un sentimiento superficial que entenece el

ánimo por unos momentos, que quizá mueve a algún pequeño gesto de ayuda, pero que pronto desaparece. La misericordia es ver el sufrimiento del prójimo, dejarse impactar por él, no pasar de largo, sino, al contrario, convertirlo en punto de referencia en mi visión y valoración de la realidad y en mi forma de actuar.

Si no te limitas a una ayuda ocasional, sino que te pones al lado de las víctimas de la historia, preguntas por las causas de su situación, intentas incidir en ellas, entonces corres un gran riesgo porque cuestionas todo el orden social. La misericordia es una virtud perspicaz, con una enorme carga crítica y política. Jesús es heredero de la tradición bíblica para la que Dios es “clemente y misericordioso” y quiere “misericordia y no sacrificio”. Jesús invita a “ser misericordiosos como vuestro padre es misericordioso”.

Jesús habla de la misericordia con bellas parábolas, que no hay tiempo de exponer, pero de las que se desprende un dato: la misericordia no es la exigencia ética de un sistema doctrinal. Surge de la entraña misma de la experiencia de Dios de Jesús. Surge de una experiencia en la que el ser humano se siente amado, acogido y perdonado por Dios y esto le abre el corazón para amar, acoger, perdonar y ser misericordioso (Mt 18, 23-35).

c) Dios como Padre

Hay un dato que de forma especialmente directa revela la experiencia religiosa de Jesús y es la expresión que utiliza cuando habla de Dios o a Él le invoca: Abbá / Padre. Es la famosa teoría de Jeremías, válida en lo fundamental, aunque hay que introducir matizaciones, algunas de importancia. Ahora no es el momento.

Con esta palabra, Abbá, los hijos se dirigían a sus padres. Es muy notable la frecuencia con que Jesús la utiliza. ¿Qué implica? Hay que evitar el anacronismo y no interpretarla a la luz de las relaciones entre padres e hijos en nuestras sociedades actuales... En el tiempo de Jesús eran muy diferentes. La relación padre-hijo era muy fuerte, y duraba toda la vida, también cuando el hijo contraía matrimonio o al padre le flaqueaban las fuerzas por los años. Simplificando inevitablemente un poco, las relaciones paterno-filiales tenían tres características.

—Obediencia y respeto. El padre tiene autoridad, que siempre permanece. Jesús hace la voluntad de Dios. El relato de las tentaciones en el de-

sierto, al inicio de los Sinópticos, es la expresión teológica (hablando técnicamente, “midrásica”) de una realidad en la vida de Jesús: la gente que le seguía muy probablemente, en más de una ocasión, le incitaba a que asumiese un papel mesiánico según la expectativa judía más extendida en aquel tiempo, pero Jesús rehusó este camino porque creía que Dios y su Reino se promovían de una forma muy distinta. La obediencia de Jesús a la voluntad de su padre es el gran hilo conductor e implica una profundización en la experiencia religiosa de Jesús.

—Confianza. El padre vela por el hijo, le proporciona los medios de subsistencia. Todo lo del padre es del hijo. El patrimonio material e ideológico del padre pasa al hijo. El padre se vuelca y se prolonga en el hijo. La confianza en Dios confiere a Jesús un talante especial que transmite continuamente. No obsesionarse por acumular bienes terrenos, no temer al futuro, ponerse siempre en manos del Padre.

—Imitación. El padre educa al hijo para que siga sus pasos. El hijo continúa labrando los campos o practicando el oficio del padre.

La imitación de Dios es la norma suprema de la espiritualidad judía. Jesús es misericordioso como su padre es misericordioso. Y esta misericordia se expresa, de forma eminente, en el amor a los enemigos. Aquí hay algo específico y propio de Jesús. Es la cumbre de su moral. El amor a los enemigos, precisamente porque es el más desinteresado y gratuito, es la imitación más cercana de Dios, que es amor gratuito y misericordia desbordante, la que nos hacen sus hijos. “Si amáis a los que os aman que hacéis de más... amad a vuestros enemigos y seréis hijos de vuestro Padre del Cielo que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos”.

d) Evolución de la experiencia de Dios de Jesús

La experiencia religiosa de Jesús evolucionó al hilo de los acontecimientos, de las respuestas que encontraba en su mensaje. Tuvo que ir discerniendo qué significaba hacer la voluntad de su Padre. El misterio de Dios era, en realidad, el misterio de los caminos históricos de su Reino.

Si eliminamos en Jesús la oscuridad esencial del futuro y las decisiones de la libertad en circunstancias, con frecuencia, poco claras entonces negamos su verdadera humanidad. No es igual la experiencia religiosa de

Jesús cuando al principio de su ministerio, lleno de optimismo, proclama que “el Reino de Dios está llegando”, que cuando en la oscuridad cerrada de Getsemaní ora diciendo “hágase, Padre, tu voluntad”.

Sí podemos decir que Jesús afrontó su muerte con confianza en su Padre y como un último servicio a la causa del Reino. Entregó su vida manifestando su convicción de que pronto se reencontraría con los suyos en la plenitud del Reino (Mc 14,25). Esto significó con toda probabilidad una modificación profunda de sus ilusiones iniciales. Como dice audazmente la Carta a los Hebreos, Jesús era hijo, pero a través del sufrimiento es como aprendió a serlo perfectamente.

e) ¿Quién es éste?

Hay una pregunta que asalta necesariamente al historiador actual, pero que ya se formulaban en los evangelios sus contemporáneos: Jesús reivindica una autoridad insólita, pero ¿de dónde le viene? “¿Quién te ha dado poder para hacer estas cosas?”, le preguntan molestas las autoridades judías en Jerusalén (Mc 11, 28).

Jesús no tiene ciertamente una autoridad tradicional, hereditaria, como la que podía tener un sacerdote por su pertenencia al linaje de Leví. Tampoco es una autoridad legal, porque Jesús no puede esgrimir títulos ni acreditaciones académicas; no ha recibido la autoridad de ningún doctor de la Ley que le haya tenido como alumno. Jesús posee lo que en términos sociológicos se llama una autoridad carismática. Es decir posee una autoridad moral basada en una experiencia personal y profunda, a partir de la cual actúa y habla, experiencia que se transparenta y que basa una autoridad que encuentra aceptación en sectores sociales importantes. No es raro que los líderes carismáticos encuentren también oposición; no suelen dejar indiferentes a nadie. Por definición un líder carismático no es una pieza del sistema social establecido, no tiene un papel institucional.

Muy pronto sus discípulos dirán que Jesús fue un carismático, porque estaba ungido de una forma muy especial por el Espíritu de Dios. Con esta afirmación, evidentemente, iban más allá de lo que puede decir un historiador y hacen una confesión creyente y teológica. Creo que históricamente se puede afirmar que Jesús se consideró el profeta escatológico, el enviado divino con quien irrumpía el Reino de Dios. Todo esto se

sustentaba en una experiencia de Dios y de su unión con Él muy profunda y especial.

Creo que lo que acabo de decir se puede sostener desde el punto de vista histórico. Otra cosa es la interpretación que de ello se dé. ¿Fue Jesús un falsario? No hay quien lo defienda porque la coherencia de su vida lo impide. ¿Fue un profeta fracasado? ¿Una personalidad religiosa extraordinaria? ¿Fue, efectivamente, el hijo de Dios en el que Dios se manifestó de una forma muy especial? Esto último es lo que confiesa la fe cristiana y confiere una inteligibilidad a los datos históricos sobre Jesús, pero que va más allá de ellos.

El Jesús de la historia y Jesús en la historia

Acabo con un pequeño juego de palabras, que puede verse como una prolongación de mi exposición con una cuestión que preocupó decisivamente a los discípulos de Jesús en su tiempo y en todos los tiempos, también en los actuales. Es importante buscar al Jesús de la historia, pero no es menos importante buscar a Jesús en la historia. Ambas cosas están profundamente relacionadas. Quizá el estudio histórico mismo sobre Jesús nos lleve a descubrir la importancia de esta segunda cuestión. Se me propuso hablar de “la búsqueda del Jesús histórico” y, como hemos visto, es una búsqueda que se dio desde muy pronto, fue lo que movió a la redacción de los evangelios, porque la fe fue dando una importancia creciente a la persona de Jesús y le resultaba vital la vinculación con la historia de Jesús de Nazaret. Con la Ilustración esta búsqueda se realizó desde un paradigma diferente. Es la moderna búsqueda del Jesús histórico realizada al margen de la fe o, en todo caso, diferenciando en los documentos lo que se debe a la fe y lo que puede aceptarse como dato histórico. Pero hubo algo más importante también desde el principio: los discípulos quisieron encontrarse con Jesús en la historia.

Pronto se planteó la cuestión: ¿cómo se podían encontrar con Jesús antes de que naciese? San Justino, audaz pensador cristiano de mediados del siglo segundo, da una respuesta: Jesús es el Logos/Palabra de Dios, la Verdad y el Bien. Y en todas las huellas del bien y de la verdad estaban desde siempre las semillas de Jesucristo, de modo que los seres humanos, sin saberlo, se encontraban con él.

¿Después de su muerte, de su desaparición física? Me voy a fijar en la respuesta del Evangelio de Mateo, que afirma: “Estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos”. ¿Pero dónde está? ¿Cómo encontrarse con Jesús de Nazaret? Con toda seguridad la comunidad postpasual tenía conciencia de encontrarse con Jesús en sus reuniones cuando rememoraban sus palabras y partían el pan. Pero Mateo tiene una respuesta propia: en los pobres, los hambrientos y sedientos, en los enfermos y encarcelados, en ellos está Jesús de Nazaret (“lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis”: Mt 25, 31-46). La interpretación del Evangelio, realizada en la fe, es profundamente fiel a lo que sabemos del Jesús histórico. El creyente que busca a Jesús presente en la historia lo encuentra preferentemente en los pobres, en los hambrientos y sedientos, en los desplazados y marginados..., entre aquellos que percibieron como una Buena Noticia el paso por sus vidas del Jesús histórico.